



## IV

### PÉRDIDA DE MANILA

1762

Ignorancia en que estaban las Autoridades coloniales de la declaración de guerra.—Sale de Lima una fragata con el tesoro.—La apresan los ingleses.—Dirigen éstos expedición contra Mánila.—Desembarco.—Asedio.—Extraña votación del Consejo de Guerra determinando la resistencia á todo trance.—Toman los enemigos á la plaza por asalto.—La saquean.—Capitulan con el Arzobispo gobernador la entrega de Cavite y de cuatro millones de pesos.—Presa impensada del galeón *Trinidad*.—El oidor D. Simón de Anda organiza la defensa del país.

**E**L rey Carlos III que llevó la previsión, en lo que importaba á la seguridad de la Habana, al extremo de confiar personalmente al Gobernador de la plaza lo que podía ocurrir con dos años de anticipación, no envió por conducto de sus ministros aviso ni prevención á las posesiones más lejanas de Indias, pensando quizá que su misma distancia grande al centro de operaciones de la guerra las guardaba. Tampoco imitó, una vez declarada, á sus antecesores de la casa de Austria, en la precaución de guardar los puntos de recalada ó de enviar á la espera de las flotas escuadras en cuya compañía vinieran seguras, ocurriendo por una y otra negligencia que en Lima despacharan para Cádiz á la fragata registro *Hermiona*, sin más disposiciones que las ordinarias, en el estado de tranquilidad en que por allá se vivía. La fragata hizo su navegación sin ocurrencia hasta el cabo de San Vicente, avistado el 31 de



Mayo de 1762, y sin recelo descubrió á dos velas de fuerza superior, que se acercaron hasta darla los costados, intimándola la rendición. Consistía su armamento en 28 cañones de poco calibre, con los que dió respuesta, brevemente sostenida: no podía prolongar la resistencia <sup>1</sup>.

Es de concebir el júbilo de los ingleses al enterarse de que tal barco constituía una de las presas más ricas que hubieran conseguido nunca en la mar: en plata y oro conducía 2.600.000 pesos; en mercancías valor de 5.000.000, ó sea un total de 7.600.000 pesos que repartir entre los afortunados captores. Sabido el caso en Londres, se organizó, como de costumbre en tales ocurrencias, procesión para conducir al Banco el numerario, en carros cubiertos, con gran acompañamiento <sup>2</sup>, significando las aclamaciones del pueblo el buen agüero en que tenía tan feliz principio de hostilidades. La Corte de España recibió, por lo contrario, la noticia con la mayor indiferencia <sup>3</sup>.

En las islas Filipinas se disfrutaba de igual reposo que en el Perú ó en Chile, mucho más prolongado. Mediaba el mes de Septiembre sin conocimiento de la novedad publicada en

<sup>1</sup> En el Consejo de guerra, ante el que compareció el Comandante, se leyó: *Defensa militar por el teniente de fragata D. Juan de Lángara, en favor del teniente de navío D. Francisco Morales de los Rios, por la pérdida de la fragata «Hermiona» en 31 de Mayo de 1762.* Manuscrito en la Dirección de Hidrografía; papeles adquiridos de la Marquesa de la Victoria en 1837. Debo al Sr. D. Antonio Rodríguez Villa conocimiento de otro manuscrito de su colección, que se titula: *Relación de la pública y solemne degradación del teniente de navío D. Juan de Zavaleta, ejecutada á bordo del navío «Guerrero», en el puerto de Cádiz.* El autor anónimo refiere, con bastante extensión, que expedida orden de S. M. de 12 de Julio de 1763 para degradar á Zavaleta, Comandante que fué de la fragata *Hermiona*, por haberla rendido indecorosamente á los ingleses, se verificó el acto el día 25 del mismo mes, con asistencia del Estado Mayor del departamento, oficiales y guardias marinas, la tropa formada de popa á proa, recogido el tafetán de la bandera, destempladas las cajas, roncós los pífanos. Leída la real resolución, en profundo silencio, se despojó al reo de las prendas militares con pausa, una por una, por mano del tambor mayor, mediando redobles; se recogieron y tacharon los despachos reales, y tras una arenga del Mayor general desfiló la tropa y desembarcó el desdichado Zavaleta con ropa de paisano para ser conducido á presidio, tocando fagina las cajas.

<sup>2</sup> Campbell.

<sup>3</sup> El Rey la comunicó á Tanucci en carta de 15 de Junio, diciendo: «Te aseguro que esto no me ha quitado un instante el sueño.» Ferrer del Río, t. 1, página 381.



la *Gaceta de Madrid* en Enero. Nadie se cuidó de que llegara al archipiélago antes de la marcha del galeón de Acapulco, portador ordinario de los pliegos oficiales, cuyo viaje solía terminar á fines de año. Aunque algún fraile recibió indicaciones vagas de la guerra en cartas de los misioneros residentes en China, las Autoridades no dieron crédito al rumor, harto grave para ser admitido sin confirmación; ni por tal tuvieron el aviso de mercaderes armenios que habían presenciado en Madrás preparativos de expedición militar destinada á Manila, por lo que oyeron decir.

Nada más cierto. El coronel William Draper, distinguido en la guerra de la India francesa, convaleciendo en Cantón de las fatigas, encontró medios para informarse con exactitud del estado en que estaban nuestras islas; de la fortificación de la capital, tropas, recursos, gobernantes, población; y tanto le parecieron importantes los datos, que los comunicó al Almirantazgo inglés, juntamente con un plan completo para apoderarse de Manila, con lo que se acabaría de eliminar toda ingerencia europea en las relaciones directas de Inglaterra con China y Japón, y se descargaría sobre España, en Oriente, un golpe tan doloroso como pudiera ser el de la Habana en Occidente. Cabía darse, á su juicio, sin distraer de otras empresas á las fuerzas de mar y tierra, en que estriaría la dificultad, juntando con las que el Rey tenía en aquellos mares, las de la Compañía Oriental, dada la perspectiva de negocio.

Aprobado el proyecto, empezaron los preparativos antes indicados en Madrás, recibiendo Draper la jefatura del ejército, y el vicealmirante Samuel Cornish la de la escuadra, compuesta de 14, entre navíos de línea, fragatas y transportes. El núcleo de la tropa consistía en el 79 regimiento de línea, curtido en la guerra anterior, una compañía de artillería, otra de ingenieros, un batallón de 750 marineros, 250 infantes de marina; otro batallón de cipayos, compañías organizadas de cafres y topaces, y gran número de indios gastadores.

Ante todo despachó el Almirante una fragata á cruzar en



los estrechos de Singapore, con orden de detener á toda nave que se dirigiera desde China á Manila, á fin de que allí carecieran de noticias, y cuando estuvo á punto la armada, que fué á principios de Agosto, la sacó de Madrás en dos divisiones, que se juntaron en Malaca, nayegando desde allí unidas hasta la bahía de Manila, por la que entraron el 22 de Septiembre, inesperados. Señalaban su vista los vigías, y todavía las Autoridades, como sucedió á las de la Habana, tenían por seguro ser flota de mercantes.

Como el error no tardó en disiparse, á toda priesa tomaron armas los vecinos, atropellándose unos á otros, faltos de dirección en las medidas apresuradas de defensa, que no podían ser muchas. Había fallecido el mariscal de campo don Manuel de Arandía, Capitán general de las islas, dejando encomendado el gobierno al arzobispo D. Manuel Antonio Rojo, que, ni por edad, ni por estado, ni por condiciones personales, era á propósito para ejercer de Macabeo haciendo frente á la crisis. El antiguo cargo de Maestre de Campo servía el Marqués de Villamediana; el de Sargento Mayor don Martín de Goicocoa, contando algunos oficiales subalternos á las órdenes. La guarnición de la plaza consistía en el regimiento de infantería del Rey, de tropa europea, reducido á la cifra de 550 plazas, y en una compañía de 80 artilleros, los más indios. Rápidamente se formaron cuatro compañías de á 60 milicianos, denominándolas del comercio, y se hizo convocatoria de indios, concurriendo unos 5.000, armados con lanzas y arcos.

Los jefes de la expedición inglesa enviaron al Arzobispo intimación de entrega de las islas, y rechazada, como es de pensar, situaron en la playa de Malate tres fragatas, bajo cuyo fuego iniciaron el desembarco. En aquel momento empezaron los desaciertos de la defensa. Reinaba viento fresco, moviendo en la costa las olas con mucha violencia; varias lanchas zozobraron ó salieron inundadas de las rompientes, después de poner en tierra á las tropas con las armas y municiones mojadas. Un ataque vigoroso las hubiera desorganizado necesariamente; mas lejos de pensar en ello, se les



abandonó el reducto del Polvorista, inmediato, donde se agruparon, dando tiempo al nuevo desembarco de municiones y de artillería de campaña.

También se les consintió óapoderarse, sin contradicción, de las iglesias de San Juan, la Ermita y Santiago, sólidos edificios de piedra sillería, que constituían otras tantas fortalezas en los arrabales, á tiro de las de la plaza, dominadas por las torres. Tarde, en la noche del 24, se intentó desalojarlos, haciendo acometida 50 soldados españoles y 800 indios, sostenidos por dos piezas ligeras. Dirigió el ataque Mr. Cesar Fallet, oficial suizo al servicio de España, al que se fueron encomendando todos los servicios de alguna importancia, no habiendo, por lo visto, ningún otro á quien confiarlos. En este primero no obtuvo lucimiento; retrocedió con pérdida de uno de los cañones y de parte de la gente, castigada desde las trincheras.

Draper creyó la ocasión oportuna para enviar parlamento á la plaza ofreciendo buen partido, que no se admitió; la Junta de guerra, por unánime parecer, determinó resistir el sitio, no habiendo hasta entonces deterioro en los muros, bien que cada día lo ocasionaran en la ciudad las bombas que caían sobre ella, activándose el fuego de los baluartes de San Diego y de San Andrés contra las obras de los ingleses.

Éstos fueron avanzándolas hasta situar en brecha una batería de cañones de á 24, á la cual ayudaron dos navíos, cruzando los fuegos, con desastroso efecto. El baluarte de San Diego quedó completamente desmantelado, en tierra su artillería, y aunque no tanto, bastante deteriorados los otros; pero se repararon los desperfectos, y en la mañana del 27 un grupo de indios, sin orden ni dirección, acometió á los puestos avanzados con tal ímpetu, que arrolló á los cipayos, siendo necesaria la serenidad y disciplina de la infantería de línea inglesa para detenerlo.

El 30 se desató otro temporal furioso, que puso en peligro á la armada enemiga: uno de sus transportes embarrancó en la playa, y á cuatro lanchas de las que trataban de auxiliarlo





arrolló la resaca. Llovía á torrentes, y encontrábanse los sitiadores en situación que no se utilizó para affligirlos, como se pudiera con la caballería del campo. Les sirvió, por lo contrario, la inacción para aumentar otra batería, que en poco tiempo acabó de derruir los baluartes de San Diego é inmediato.

Había llegado á la ciudad refuerzo de 2.000 indios pampangos, que se eligieron para hacer salida en tres columnas: una dirigida contra la iglesia de Santiago; la segunda destinada á las trincheras de Malate y la Ermita, y la tercera á envolver las posiciones, caminando por la playa. A la vez arrancaron en la noche del 3 de Octubre, asombrando á los sitiadores la ferocidad con que se entraban entre las bayonetas con gritería salvaje y completo desprecio de la vida. La primera columna consiguió hacerse dueña de la iglesia, mas no supo conservarla; los ingleses se repusieron en breve de la sorpresa y de la confusión que les causó el ataque, acabando por ahuyentar á los asaltantes con merma de más de 200, que quedaron tendidos.

El día 4 continuaron las baterías la obra destructora, deshaciendo los baluartes de San Andrés y San Eugenio. En el nombrado de la Fundición cegaron el foso las ruinas, abriendo brecha practicable, que todo el vecindario reconoció con ansiedad. Bajo la impresión que producía convocó el Arzobispo á la Junta de guerra, asistiendo los jefes militares, los señores de la Audiencia, los prelados de las órdenes religiosas, los concejales y los principales representantes del comercio, dándose el caso extraño de que votando por la capitulación todos los primeros, fundados en la creencia de no ser posible oponerse al asalto, los otros, los vocales civiles y religiosos, en número que representaba considerable mayoría, se pronunciaron por la defensa á todo trance, entendiendo quedaban recursos con que hacer reparos provisionales al daño de los proyectiles, estimados hasta el momento en 20.000 balas, 5.000 bombas y 40 carcasas.

Entre los acuerdos, uno, de trascendental importancia, fué que saliera de la ciudad al campo el oidor D. Simón de



Anda y Salazar, llevando título, expedido por la Audiencia, de Teniente gobernador, para lo que pudiera ocurrir. Los demás se relacionaron con la distribución de puestos y cargos en los fuertes, el principal de los cuales, el de la brecha, se confió á Mr. Fallet, favorito del Arzobispo, elegido, como dicho queda, para toda misión preferente, y que había de corresponder á la predilección con la ingratitud. Al asomar el alba el día 5<sup>1</sup> se aproximaron los sitiadores al baluarte, tan solitario que, no pudiendo subir en formación por lo escarpado del talud, se echaron los fusiles á la espalda y treparon separadamente sin que nadie se lo estorbara, yendo por dentro á sorprender la guardia de la puerta real, por la que entró el general Draper con fuerte columna.

Para esto valiera más la entrega voluntaria, con alguna condición que librara á la ciudad de los horrores que tuvo que sufrir; sólo que entre los decididos vecinos ninguno creyó que en el número flaqueara aquél de quien menos podía sospecharse.

Encerróse el Arzobispo, acompañado de los oidores, en la fortaleza de Santiago, no porque pensara sostenerse, sino en la idea de alcanzar todavía alguna concesión del enemigo; así que, al intimarle la entrega, presentó pliego de condiciones, y no siéndole admitido, con la sola promesa de no hacer violencia á su persona, salió acompañado del Maestre de Campo, presentándose á los generales vencedores, instalados en Palacio.

«Se quiso poner de rodillas», dice un escritor de la época, é impidiéndolo el inglés, dijo que se daba por rendido, no obstante lo que pedía otorgamiento de los artículos que llevaba escritos, á saber: respeto á la religión católica, reconocimiento de la propiedad particular, administración popular propia, libertad de comercio á los habitantes de las islas y continuación de la Real Audiencia para freno de los malhechores.

Retiráronse los generales á conferenciar sobre estos puntos, y en breve respondieron concediéndolos y firmando el

<sup>1</sup> No hay conformidad entre nuestros escritores y los ingleses: los primeros anotan el asalto el día 5, los otros el día 6.



documento juntamente con el Prelado y el Maestre de Campo, que lo llevó á Santiago á fin de que lo suscribieran también los oidores. Lo más lastimoso vino después, el saqueo, en que no fueron los soldados ingleses los que más dieron que sentir; harto los excedieron los presos libertados de la cárcel y los chinos, de algunos de los cuales hicieron justicia los mismos vencedores.

El día 6 presentaron los jefes británicos los capítulos que por su parte exigían, siendo los principales la entrega de la plaza de Cavite y la de cuatro millones de pesos en rescate de los edificios y bienes. Al primero se accedió sin dificultad; el segundo pareció y era irrealizable después del merodeo de la población, por cuyo motivo se negoció largamente rebaja, sin alcanzarla, en la cifra; todo lo que los generales concedieron, con protesta de su generosidad, fué que al contado se les pagaran dos millones y de los dos restantes se les dieran letras contra el Tesoro de España. Aun así, reunida la plata de las iglesias, los fondos de obras pías, la vajilla y joyas del Arzobispo, no se pudieron juntar más que 546.000 pesos, sufriendo apremios por el resto en el tiempo de la dominación inglesa.

Volviendo un poco atrás, en los primeros días de las hostilidades entraba en la bahía de Manila una galera sin saber que la hubieran precedido bajeles enemigos. Al verla desde éstos fueron á combatirla una fragata y cuatro lanchas cañoneras, y como cortaran el camino de retirada, tuvo que embarrancar en la playa de Navotas, salvándose la gente en tierra. Solamente el capitán y algún pasajero quedaron á bordo en poder de los ingleses, que fueron informados de proceder la galera de Palapag, con objeto de participar á las autoridades la llegada al estrecho de San Bernardino del navío *Filipino*, portador de la consignación de las islas y de la moneda con que anualmente se saldaban las cuentas del comercio con China desde Acapulco. La noticia no era indiferente, valiendo el buque y su carga la pena de buscarlo, lo que ordenó al punto el almirante Cornish, despachando al navío *Panther* y á la fragata *Argo*.





Tomaron estos bajeles prácticos indios, que, procediendo con lealtad, los guiaron, cruzando días y días sobre la isla de Capul, donde las corrientes son veloces y peligrosas y de donde el *Filipino* estaba ya lejos, por lo que inútilmente emplearon todo el mes de Octubre en reconocimientos. Al fin el día 30 avistaron una vela que se aproximaba, y gozosos la dieron caza, creyendo tener á la mano la recompensa de sus afanes. El navío, arrastrado por un hilero de las corrientes, tuvo que fondear para no estrellarse contra las piedras; la fragata, por más ligera, salió adelante y alcanzó al bajel español, rompiendo el fuego, que éste contestó vigorosamente, tanto, que á las dos horas de pelea la *Argo*, con mucha avería, se vió obligada á retirarse. Pero el navío había conseguido en este tiempo ponerse á la vela y continuó la caza el resto de la tarde y noche; el día siguiente se situó á distancia de medio tiro de fusil, batiendo á su vez, con superioridad de fuerza, irresistible para el español, que arrió la bandera tras otras dos horas de refriega desigual, no teniendo más que cinco cañones del calibre de á 8 y cuatro de á 4, de que disponer contra los 60 de á 24 y 18 del navío contrario <sup>1</sup>.

Al tomar la posesión se enteraron los ingleses de que no habían capturado al navío *Filipino* que, dicho está, se encontraba en salvo y puesta en seguridad la plata que conducía; era el que habían batido el *Santisima Trinidad*, que con destino á Nueva España salió de Cavite el 1.º de Agosto, y que á vuelta de vicisitudes desdichadas, habiendo sufrido en las alturas del Japón un temporal que lo desarboló completamente, y por consecuencias, detención de movimiento, escasez de agua, enfermedades y aflicciones, arribaba en bandolas al cabo de tres meses. La carga de sedería y artículos de China iba registrada por valor de millón y medio de pesos; fuera de registro, ó sea de contrabando, apareció otro tanto <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Don José Montero y Vidal consigna en su *Historia general de Filipinas*, Madrid, 1895, que en los dos combates recibió en el casco 1.700 balas de á 24 y 18: tuvo 18 muertos y causó á los enemigos 35.

<sup>2</sup> Del viaje calamitoso se escribió noticia titulada: *Relación de todo lo acaecido al galeón la Santísima Trinidad, en este año de 1762 en que salió de este puerto de Cavite para el de Acapulco, con el permiso de el vecindario y por el real situado de estas Islas*



Suministraba el lance curioso ejemplo de los caprichos de la suerte en la mar. Propicia á los ingleses, que bien podian esperar toda la vida al navio *Filipino* en el estrecho de San Bernardino, les deparó rica presa sin que la inteligencia ni la constancia intervinieran; adversa á los navegantes españoles, que en plena paz comenzaron la travesía, les propinó borrascas, trabajos, dolencias, privaciones, la sorpresa del combate impensado, la prisión y la pérdida de la hacienda.

Así el Arzobispo como los oidores de Manila, procuraron sacar partido del caso, comprendido entre aquellos de arribada forzosa que el derecho de gentes y las leyes naturales de la humanidad exceptúan en la beligerancia: tiempo perdido. Todo lo que consiguieron de los generales ingleses de tierra y mar, fué que moderaran los apremios para el completo de los dos millones de pesos efectivos del rescate, admitido en cuenta, en cierto modo, el valor de la captura, sin perjuicio de liquidarlo á su grado.

Con este fin impusieron contribuciones y organizaron columnas que las hicieran efectivas en los pueblos del interior de Luzón, donde encontraron inesperada resistencia. Lo que en la isla de Cuba no fué capaz de organizar la Junta de generales experimentados, hizo aquí el oidor D. Simón de Anda y Salazar, desde que salió de la capital con título de Teniente gobernador, sin más recursos que 500 pesos y 40 pliegos de papel sellado. Impuso su autoridad con inquebrantable energía; tuvo que resistir con más empeño que á las fuerzas del invasor, á los impremeditados actos del Arzobispo, que, manteniendo el carácter de capitán general y usando de prerrogativas que tenían que cesar desde el instante en que quedó sometido, por debilidad y condescendencia expedía órdenes dictadas por los ingleses, poniendo bajo su dominio á todas las islas del Archipiélago, requiriendo caudales para completar el pago del rescate, demandando suministro de mantenimientos para la ciudad.

*Philipinas, hasta que volvió á él de arribada á los ciento y cuatro dias de navegación. Hecha por un sujeto de los que iban empleados en dicho navio. Impresa en Manila, año de 1764. Cinco hojas en 4.º*



Anda se guardó de cumplir disposiciones que en buena ley tenía por ningunas; antes bien estableció bloqueo más estrecho, á medida que sus medios de acción aumentaron, á favor de los fondos del navío *Filipino* y los de las misiones, que recaudó. Pusieron los ingleses á precio su cabeza, calificándole de rebelde y bandido; respondió con bando en que ofrecía doble cantidad á quien le entregara á los firmantes de los dictados; le suscitaron alzamientos y sublevaciones de indios en las provincias de Tondo, Cavite, Laguna, Cagayán, Ilocos; movieron contra él por todos lados á los chinos, y á todo también se sobrepuso, llegando á organizar ejército de 8.000 infantes y 600 caballos, á cuyas filas supo agregar 200 franceses y angloamericanos desertados de las contrarias. No provocaba á batalla con estas fuerzas; su plan consistía en inquietar constantemente á los ocupantes de la ciudad con sorpresas, emboscadas ó escaramuzas, en alguna de las cuales sacó las campanas de los arrabales para fundir artillería.

Tarde llegó á Madrid la nueva del golpe sufrido en Oriente. En el ánimo del Rey no hizo mayor mella que los anteriores <sup>1</sup>.

## APÉNDICE AL CAPÍTULO IV

### Pormenores del sitio de Manila.

Nuestras historias generales tratan concisamente de este suceso, aceptando algunas los datos inexactos que estampó W. Coxe en sus *Memorias de España en el reinado de la Casa de Borbón*, por los cuales, achicando los elementos de que dispusieron los ingleses para la conquista, al punto de afirmar que componían su ejército en total 2.300 hombres, aumenta los de los españoles, que vale tanto como aumentar la gloria de la conquista.

<sup>1</sup> Cuando supo la pérdida de la Habana, escribió D. Carlos á su confidente Tanucci que tales eran los efectos de la guerra, agregando: «Hágase la voluntad de Dios, que hace siempre lo mejor y que más nos conviene, y el que espero firmemente que me ha de sacar bien de todo por su infinita misericordia, pues *non est abbreviata manus domini*, y ayuda á los que confían y esperan de él.» Carta fecha á 12 de Octubre de 1762. Danvila, t. II, pág. 200.



Fuente acreditada, de que yo me he servido principalmente, es la historia escrita en la localidad con vista de los papeles oficiales <sup>1</sup>, fuente que asimismo han utilizado otros escritores, esclareciéndola y aumentando su caudal datos de otras procedencias <sup>2</sup>.

Por éstos se estima la tropa de desembarco de los ingleses en 6.800 hombres; las bajas que causaron durante el sitio en un jefe, cuatro oficiales, dos sargentos, 50 soldados europeos, 30 milicianos y 700 indios, y las que ellos tuvieron en cosa de 1.000 hombres, comprendidos el comodoro Tiddeman, que se ahogó en la barra del Pasig, y 16 oficiales.

Varias relaciones especiales del asedio cita el Sr. Montero y Vidal, que publica, además, por apéndice documentos de interés, y aún puede acrecentarse la lista de las manuscritas esparcidas en los archivos <sup>3</sup>.

Don Manuel Antonio Rojo, desdichado Gobernador de las islas, se creyó en la necesidad de satisfacer á la opinión, sincerándose de los cargos, muchos y graves, que se le hacían <sup>4</sup>, y D. Simón de Anda y Salazar, teniente de gobernador, no tuvo reparo en formularlos y dirigirlos perso-

<sup>1</sup> Fray Joaquín Martínez de Zúñiga, *Historia de las islas Filipinas*. Sampaloc (Manila), año 1803.

<sup>2</sup> Son de citar como principales:

Eduardo Malo de Luque (el duque de Almodóvar), *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Madrid, 1784-1786.

Buzeta y Bravo, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas*. Madrid, 1850.

Ferrando y Fonseca, *Historia de los Padres Dominicos en las islas Filipinas*. Madrid, 1871.

Don José Montero y Vidal, *Historia general de Filipinas*. Madrid, 1895.

El Marqués de Ayerbe, *Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762*. Zaragoza, 1897.

Informe que di á la Academia de la Historia acerca de este último libro. *Boletín de la misma*, t. XXXII, pág. 202, año 1898.

<sup>3</sup> En el número, éstas:

*Relación de lo acaecido en las islas Filipinas en los años de 1762 á 1764*. Manuscrito en la biblioteca particular de S. M. el Rey, 2-k-8.

*Relación en forma de diario de todos los hechos y casos más principales que han acaecido desde que los ingleses fueron á la conquista de Manila hasta que se retiraron*, por D. Alonso Rodríguez de Ovalle. Manuscrito en 4.º de 116 páginas, firmado por el autor en Méjico. Archivo del Sr. Marqués de Ayerbe.

*Retrato geográfico-histórico-apologético de las islas Filipinas. con un apéndice de las islas Palaos ó Carolinas y de las Marianas*. Manuscrito de D. Juan Antonio Tornos, jesuita, que lo formó en Italia, después de la expulsión, refiriendo el sitio y toma de Manila en 1762. Hallábase en el Ministerio de Gracia y Justicia según indicación de Navarrete, *Biblioteca marítima*, t. II, pág. 319.

<sup>4</sup> *Relacion de las operaciones del Arzobispo de Manila, Gobernador y Capitán general de las Philipinas del tiempo de su gobierno, de las expedidas en tiempo del sitio ó asedio de los Ingleses á la capital de Manila; de su toma por asalto, y de las que subsiguieron á este desgraciado suceso, para defensa de su fama y nombre, ajados y atropellados de la emulacion por sus calumnias, injurias y contumelias de palabra y por escrito en cartas y libelos famosos*. Manuscrito de la época, perteneciente á D. Justo Zaragoza, visto y compendiado por D. Manuel Danvila, t. II, pág. 206.



nalmente al Rey, á la vez que le daba cuenta de sus actos y providencias <sup>1</sup>.

Anda fué el hombre de la situación; el que puso remedio á los efectos causados por la debilidad ó inepticia de los otros, y el que ha dejado en las islas memoria, que se perpetúa con respeto <sup>2</sup>. Un admirador de aquende, ensalzando sus méritos, dijo <sup>3</sup>:

    Escribo las hazañas en abstracto  
Del que en armas y en letras fué en concreto:  
La conducta, el valor y celo exacto  
Del que a un tiempo valiente obro y discreto;  
Del que sujeto tuvo a un justo pacto  
El poder enemigo por sueto;  
Del que tomo por muchos la demanda  
Y con razon su fama en bocas ANDA.

## PARTES OFICIALES DEL ALMIRANTE CORNISH.

## TOMA DE MANILA.

Con mucho placer tengo la honra de noticiar á los Señores del Almirantazgo el triunfo de las armas de S. M. en la reduccion de Manila, la cual fué tomada por asalto en la madrugada del 6 del corriente.

En mis despachos precedentes del 21 y 23 de Julio informé á Sus Señorías de lo ordenado hasta aquella fecha, después de la cual hice la posible diligencia en Madrás para aprovechar el tiempo que quedaba de la Monzón. Alisté los navios *Elisabeth, Grafton, Lennox, Weymouth* y *Argo*, asi como á la tropa embarcada en ellos, y los hice poner á la vela el 29 bajo el mando del comodoro Tiddeman, con orden de recalar en Malaca, proveerse de agua y esperarme.

Continué el embarco en los otros bajeles con prontitud que excedió á mis deseos, á pesar de la gruesa marejada reinante, y zarpé con los navios *Panther, America, Seaford, South-Sea-Castle* (almacén), *Admiral Stevens* (transporte), *Osterly* (navío de la Compañía), dejando al *Falmouth*, á ruego del Presidente y Consejo, para escoltar al *Essex*, que había de embarcar caudales con que saldar las mercancías de China.

<sup>1</sup> *Exposición dirigida al Rey por D. Simón de Anda y Salazar con fecha 22 de Junio de 1764 en justificación de su proceder, acompañando extracto de 46 representaciones.* Academia de la Historia, Colección Mata Linares, t. LXXIX, números 5, 6 y 7.

<sup>2</sup> *Toma de Manila por el ejército inglés. Poema en verso tagalo, escrito por Fr. Francisco Benenchilo, religioso agustino.* Manuscrito citado por D. Vicente Barrantes en sus *Guerras piráticas de Filipinas*.

Don R. de Puga, *Don Simón de Anda. Ilustración filipina.* Manila, años 1829 y 1860.

<sup>3</sup> *Compendio histórico poético sobre los insures hechos del Sr. D. Simón de Anda Salazar, de el Consejo de S. M. en el Supremo de Castilla, ordor que fué de la Real Audiencia de Manila, en la defensa de las islas Filipinas después de la rendición de aquella plaza, etc.; su autor D. Alonso Jaén y Castillo, etc.* Impreso en Cádiz, año 1765.





Tuve el sentimiento de no encontrar en Malaca á Tiddeman; llegó el 21 de Agosto, dos días después que yo; las calmas le habían detenido, y á todos los detuvo allí la dificultad de hacer aguada hasta el 27.

El 2 de Septiembre se me incorporó el comandante Grand, del *Seahorse*, destacado desde Madrás á cruzar entre Pulo Pinán y los estrechos de Singapore, con objeto de detener á toda nave sospechosa de dirigirse á Manila. El 19 avisté la costa de Luzón, sobre la cual experimenté un viento fuerte que dispersó parte de la escuadra. Cesó el 22; reconocí de nuevo la tierra, y entré por la bahía de Manila el 23, fondeando por el través del fuerte de Cavite con toda la armada, á excepción del *South-Sea-Castle* y el *Admiral Stevens*; pero se me habían juntado el *Falmouth* y el *Essex*. Durante la noche hice sondar el puerto, asegurándome de que los navíos podían aproximarse.

El 25 por la mañana no favorecía la brisa para atacar á Cavite, por lo que, con dos de las fragatas, acompañado del general Draper y oficiales, inspeccioné las inmediaciones de Manila, tomando marcaciones de las iglesias y edificios principales del cuartel meridional de la ciudad, especialmente hacia el bastión de Levante.

Primeramente pensamos atacar á Cavite, á fin de tener puerto seguro para los navíos; mas considerando que, aun en caso de buen suceso, retardaríamos dos días el desembarco en Manila, tiempo que podría utilizar el enemigo para demoler edificios y preparar obstáculos, y que convenía valernos de la consternación en que nuestro inesperado arribo había puesto á la gente, cambiamos la decisión, teniendo también en cuenta que, tomada Manila, Cavite tendría que capitular.

Acordé, pues, con el general Draper acelerar el desembarco y procurar posesión de algún puesto avanzado que facilitara el avance; hice señales desde el *Seahorse*, y cerca de las siete de la tarde el regimiento núm. 79, con la infantería de marina, embarcó en las lanchas, dirigidas por los capitanes Parker, Kempfenfelt y Breerton, bogando hacia tierra protegidas por el fuego de tres fragatas, y tomó pie cerca de una iglesia llamada *Malata*, á milla y media de la muralla. El enemigo no hizo oposición; la dificultad consistió en la marejada que anegaba á las embarcaciones, pero no se ahogó persona.

Avanzó el General el día siguiente hasta 200 yardas del muro, empezando el emplazamiento de cañones que batieran en brecha el bastión de Levante. Como la tropa era escasa, desembarqué un batallón de 700 marineros de refuerzo, encomendándolo á los comandantes Collins, Pit nford y Curry.

El 25 despaché tres lanchas armadas á dar caza á una galera que inten-



Don Blas de Lezo.





taba entrar en Manila: abordáronla aunque hacía fuego de cañón y mosquete. Tenía dos piezas y 16 esmeriles de bronce, tripulándola 80 hombres. Entre las cartas encontradas abordo, una declaraba ser enviada esta galera por el galeón *Santa Filipina* de Acapulco, que quedaba el 18 de Septiembre en *Cajaoagan*, entre el embocadero y el cabo Espíritu Santo. Decidí desde luego expedir al *Panther* y al *Argo* en su busca; el tiempo, sin embargo, lo embarazó hasta el 4 de Octubre.

El 28 de Septiembre me avisó el General tener concluída la batería, y que si alguno de los navíos podía acercarse á tierra y batir la muralla, ayudaría al ejército distrayendo el fuego del enemigo. En consecuencia, ordené al comodoro Tiddeman se aproximara cuanto fuera posible con el *Elisabeth* y el *Falmouth*, lo que ejecutó en sitio á propósito, y el día siguiente rompió el fuego con eficacia.

El 30 llegó el *South-Sea-Castle* con las municiones: nos hacían ya mucha falta, así como picos y palas de que carecía el ejército, sin que remediara la necesidad la herramienta que se le proporcionó de los navíos.

El 1.º de Octubre reinó viento tempestuoso, y durante la noche arrojó al *South-Sea-Castle* contra la playa, al Sur del campamento. Fué accidente provechoso, porque protegió con su artillería la espalda del campo, y al mismo tiempo se pudo desembarcar fácil y seguramente el material que tenía abordo y proveer al ejército de cuanto necesitaba, lo cual no sucedería estando fondeado por el viento fresco que duró varios días é impedía el servicio de las lanchas por la violencia con que rompían las olas en la playa.

Este viento soplaba del Oeste, normalmente á la costa, y me inquietó por la seguridad de la escuadra, sobre todo de los navíos *Elisabeth* y *Falmouth*, que se hallaban en solas cuatro brazas de agua y, según supe después, sentados en el fondo; mas por ser de fango suelto no recibieron daño.

Al amanecer el 4 mandó el General abrir el fuego con la batería, y fué tan bien dirigido y secundado por los dos navíos mencionados, que en cuatro horas se deshicieron las defensas. El día siguiente por la tarde era la brecha practicable.

El 6 asaltaron el regimiento del General y el batallón de marina, conquistando el bastión. Bajé inmediatamente á tierra para conferenciar juntamente con el General, con el Gobernador español y algunos de sus oficiales. Acordamos capitulación, por la que la ciudad y el puerto de Cavite, con las islas y fuertes de Manila, quedaban consignadas á S. M. B., y que además pagaran cuatro millones de pesos por rescate de la ciudad y efectos.



El 10 envié al comandante Kempenfeldt con los buques *Seaford* y *Seahorse* á tomar posesión de Cavite. Con esta adquisición hicimos la de gran cantidad de pertrechos navales, y además de casi todo lo necesario para reparar una escuadra, y los marineros tienen carne fresca y legumbres en abundancia.

El asedio, aunque breve, ha sido difícil y muy fatigoso: oficiales y marineros han trabajado con la misma buena voluntad. Constantemente hemos sufrido vientos duros de travesía y marejada, que hacía peligroso, y á veces imposible, desembarcar con las lanchas. Ha llovido mucho, á lo que se juntó estar cercado nuestro corto ejército por partidas de indios, los cuales, aunque indisciplinados y armados tan sólo con lanzas, arcos y flechas, por su resolución y desprecio de la muerte fueron, no sólo molestos, sino de temer.

Tengo mucho placer en comunicar á Sus Señorías que la mejor armonía y acuerdo entre los marineros y soldados de S. M. han reinado durante la empresa. En cambio comunico con pena la pérdida del comodoro Tideman, que, entrando por la barra con su canoa, se ahogó; accidente doloroso que ha privado á S. M. de un inteligente y valeroso oficial. El comandante Kempenfeldt, portador de este despacho, que presentará también á Sus Señorías planos de Manila y del puerto de Cavite, dará toda especie de pormenores. Me ha secundado en el curso de las operaciones, y sus méritos me instan á recomendarlo como excelente oficial.

Bahía de Manila 31 de Octubre de 1762. — S. CORNISH, *Vicealmirante*. — Sr. Cleveland. — Almirantazgo. — Londres.

#### CAPTURA DEL GALEÓN TRINIDAD

En mi despacho de 31 de Octubre dí cuenta de haber enviado á los buques *Panther* y *Argo* en busca del galeón *Santa Filipina*, que hacía viaje de Acapulco á Manila. El 7 del corriente volvió la fragata con carta del comandante Parker, participándome que, cumpliendo las órdenes, prolongó el día 30 la isla de Capul hasta la entrada del embocadero, donde la *Argo* estaba al ancla y donde también pensaba fondear, como lo hiciera si no hubiera descubierto al anochecer una vela como dos leguas á sotavento. Yendo sobre ella, la violencia de la corriente aconchó al navío sobre las rocas nombradas *Naranjas*, y le fué indispensable dar fondo.

La fragata, que también se vió en peligro de naufragio, dió caza; alcanzó al buque español y le cañoneó dos horas, pero quedó tan maltratada en el combate, que el comandante King tuvo que separarse para





reparar las averías. En esto pudo zarpar el navío por disminución de la corriente, y mantenerse á vista del galeón hasta el siguiente día, en que lo batió dos horas á distancia de medio tiro de mosquete, obligándole á arriar la bandera. El enemigo hizo poca resistencia, aunque el gran espesor de sus costados los hacía impenetrables á los tiros, no siendo en la obra muerta.

No poco sorprendido se encontró el comandante Parker cuando el general español pasó á su bordo y le informó que, en vez del galeón *Santa Filipina*, había capturado al *Santísima Trinidad*, que salió de Manila para Acapulco el 1.º de Agosto; navegó 300 leguas á Levante del embocadero; sufrió un temporal que lo desarboló y arribaba para repararse. Tenía á bordo 800 hombres y portas para 60 cañones, pero sólo llevaba 13, de ellos seis montados, cuando Parker lo batió. Cala 33 pies y es mayor que el *Panther*.

Aún no tengo datos para apreciar con exactitud el valor de la carga; por las pólizas de registro asciende á millón y medio de pesos, mas se dice que subirá á tres millones.

El *Panther* y la presa quedan fondeados al Sur de la isla del Corregidor, á la boca de la bahía: espero tenerlos aquí en breve. Manila, 10 de Noviembre de 1762.—S. CORNISH.

